



José María Martínez Cachero

# **Memoria de Aurora Puente, alumna, amiga**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**José María Martínez Cachero**

## **Memoria de Aurora Puente, alumna, amiga**

Estábamos ya en la plaza Feijoo, trasladados desde la calle San Francisco, juntas en una sola Facultad, llamada de Filosofía y Letras, las dos secciones que entonces la constituían, libres al fin de la situación de realquilados que teníamos anteriormente; sería en los primerísimos años 70 y si ciertamente habíamos ganado mucho en acomodo físico, también habían aumentado, así en frecuencia como en importancia, las tensiones derivadas de la lucha política que la oposición al régimen vigente se entercaba en llevar a las aulas universitarias, perjudicando de este modo el sosiego indispensable para su actividad y, como consecuencia, el aprendizaje de los estudiantes. Llegaba uno a la Facultad como al lugar de la aventura (o de la desventura) inesperada, la cual podía -y solía- traducirse en el insulto, la agresión violenta, la invasión del recinto donde se daba la clase y el reventamiento de ésta, amén de otros desmanes por el estilo; no es que uno se jugara la vida intentando mantenerse lúcido y sereno, dedicado solamente a su cometido profesoral -en mi caso, la enseñanza de la Literatura, y no otra cosa-, pero había que poseer fuerza de resistencia no escasa para salir adelante con semejante empeño, y aún así...: «(...) un centenar [de alumnos] rugíamos ante la puerta de su aula. (...) aprendí (entonces) que la entrega al conocimiento y a la enseñanza del mismo es una actitud mucho más revolucionaria de lo que algunos considerábamos en tiempos de mocedad», reconocería pasados los años (artículo en *La Voz de Asturias*, Oviedo, 4-I-1989, página 5) Aurora Puente.

Algo más que rugir a la puerta del aula de Literatura hizo entonces aquella alumna de la Facultad y activista política pues recuerdo que, a la altura del tercer curso de la licenciatura en Filología Española, donde el plan de estudios vigente colocaba la historia literaria de los siglos XVIII a XX, contribuyó al desarrollo del mismo con un trabajo sobre determinados aspectos del teatro de Antonio Buero Vallejo, trabajo excelente por lo personal y maduro; fue bien calificado y retuve el nombre de su autora, emplazándola para nuevas investigaciones en cursos posteriores. Pero en ellos no comparecería Aurora Puente.

Tras lo que llamaré su desaparición de la Facultad hubo de pasar algún tiempo antes de que yo supiera de su suerte y ocupación: vivíamos ya en un distinto y jovencísimo régimen político y el nombre de Aurora Puente -con proclamada militancia en el partido comunista- salía abundantemente en los periódicos y se mostraba en la propaganda electoral. No tuve oportunidad de hablar con ella hasta un día del verano de 1981, visitando la breve pero no insignificante exposición «clariniana» que el Ayuntamiento ovetense, corporación de la que formaba parte, había dispuesto para recordar el octogésimo aniversario de la muerte de

Leopoldo Alas. Fue un grato reencuentro y olvidados muy pronto de los volúmenes expuestos, pasamos a conversar acerca de nuestras respectivas vicisitudes durante tanto tiempo; de mi mano, surgió en la conversación el asunto de su abandono y posible retorno a la Facultad para dar remate académico a sus estudios. Insistía yo, interesado por el logro de semejante posibilidad, y contraatacaba las razones aducidas por ella, a saber: que su tarea política resultaba incompatible con cualquier otra dedicación absorbente, como serían para ella los hipotéticamente reanudados estudios, los cuales necesitaban tiempo disponible y ánimo sosegado; que la Facultad actual había de parecerle hartamente distinta a la que conociera cursos atrás ya que, por ejemplo, el plan de estudios había cambiado considerablemente; y, por último, ¿cómo asentarse dentro de un conjunto de alumnos más que jóvenes? Sin embargo, quizá para que el antiguo y estimado profesor no se desilusionara, seguiría pensando en volver, eso sí, con paso lento y precavido.

Muy de cuando en cuando nos encontraríamos en la calle -en las inmediatas al edificio del Ayuntamiento solía ocurrir el encuentro-, y en la breve conversación entablada quedaba constancia de cómo cada uno de nosotros estaba al tanto de las noticias del otro; más larga fue nuestra conversación durante una comida-homenaje a Álvaro Custodio por su versión teatral de La Regenta. Coincidió tal ocasión con un momento de grave crisis en el PCE -sustitución de Santiago Carrillo por Gerardo Iglesias y posterior hostilidad entre ambos-, y era claramente advertible la preocupación de Aurora Puente así por la suerte futura del partido como respecto de su relación personal con uno y otro camarada. En aquella compartida sobremesa quedó definida para mí (si no lo estaba ya) su vocación política como una fuerza de atracción poderosa, irresistible.

Mis últimos encuentros con Aurora Puente fueron a través de la prensa, la carta y el teléfono. Cuando el día de los Santos Inocentes de 1988 comenzó a hablarse de una calle en Oviedo para el poeta José García Nieto, el periodista Manuel Fernández Avello y el catedrático José María Martínez Cachero y cuando, ya en los primeros meses de 1989, continuaba hablándose del asunto, ella lo impulsó dentro y fuera del Ayuntamiento, como lo atestigua su artículo en La Voz de Asturias (antes citado), Calle para el profesor Cachero, decidido alegato en pro de esa nominación. Tiempo después, llegado unánimemente el asunto a feliz término, yo le expresaría mi agradecimiento por medio de una carta cuyo texto transcribo porque, enviada a su nombre a la Casa Consistorial e incomprensiblemente extraviada, no llegó a conocerla. Lleva fecha de 11 de marzo de 1989 y dice así:

«Estimada amiga: ¡Qué habrá pensado Vd. ante el largo tiempo de silencio que pasó tras su artículo en La Voz de Asturias a favor de una calle en la ciudad con mi nombre! Me sorprendió gratamente su delicada atención, se la agradecí de veras, pero...

Guardé entonces silencio porque me pareció lo más prudente por mi parte, habida cuenta de las circunstancias aludidas por Vd. en su artículo y, también, debido a mi falta de

interés (digámoslo así) por el asunto debatido; todo ello, en espera de mejores tiempos, si es que estos habían de llegar.

Llegados ahora no quiero que pase un día más sin ponerle unas líneas que le transmitan mi gratitud y mi alegría, y que le reiteren mi amistad. Vd. ha sido en todo momento muy atenta conmigo y este su reciente gesto lo prueba de modo claro. Sabe sobradamente que yo correspondo muy de corazón a sus intenciones.

Reciba un cordial saludo de su amigo».

El teléfono fue, un mes antes de su muerte -exactamente el 19 de mayo- vehículo de nuestro último encuentro. Aquella mañana había dado yo mi lección de despedida como docente de la Universidad de Oviedo, tras cuarenta y cuatro años de servicio, y había recibido el cariñoso homenaje de compañeros y amigos; al regreso a casa, mediada ya la tarde, el teléfono me trajo la voz y el afecto de Aurora Puente, deseosa de adherirse al homenaje. Deseaba asimismo estar presente -y dejó escrito su deseo: «Querido profesor, espero poder asistir a la inauguración de su calle»- en otra ocasión de futuro homenaje que, cuando llegue a producirse, no podrá contar, desdichadamente, con la asistencia de Aurora Puente, mi excelente alumna, mi querida amiga.

---

**[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)**

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.

